

EL VIGILANTE¹

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Hacia rato que los papantlecas, ancestrales indios voladores, habían dejado de girar sobre el prado, suspendidos de la punta del mástil. La multitud, como cada domingo, luego de mirar con faz crispada la bandada de águilas morenas que la había sobrevolado en círculos pausados, se dispersaba con murmullos, abriéndose paso entre el enjambre de vendedores ambulantes. Una semana más se consumía. El bosque de Chapultepec se quedaba paulatinamente solo, envuelto en las primeras sombras de la tarde.

Las pesadas puertas del Museo de Antropología e Historia se cerraron con el último turista y su cámara de video. Un eco es ya el trotar inquisitivo de los visitantes por todos los rincones. El vigilante, asegurados electrónicamente los cerrojos, inicia entonces su primera ronda, sacudiendo con sus pasos firmes el silencio de patios y salones del recinto.

La noticia está ahí, a ocho columnas, en el periódico desplegado sobre los adoquines que circundan el enorme paraguas goteante. Sus ojos tropiezan con ella y se detiene. Una mueca se dibuja en el joven rostro moreno. *Se firmará en Washington hoy, a las siete de la noche...* Vaya. Observa de reojo su Citizen, casi, pero bueno, allá debe ser otra hora, una, dos horas más, depende de la estación. Lo ha aprendido de tanto visitante extranjero con los que a diario se topa, una nube de extranjeros. Se rasca la cabeza quitándose el quepís y se inclina a recogerlo, lo dobla con cuidado y lo coloca bajo el brazo para continuar su recorrido. Acabará de leerlo más tarde.

Ahora es la sala Mexica. La preside al entrar el imponente calendario azteca, monolito labrado con la paciencia de siglos y de orfebres. Al hacer su aparición el guardia uniformado los dioses se agitan en sus nichos. Lo reconocen. Las figurillas de barro clavan su vista en el sujeto que transita indiferente por pasillos y vestíbulos. Algunas ríen, lo señalan; otras lloran; una de ellas amamanta a un pequeñuelo en su casa de cristal. Todas lo observan.

El vigilante se detiene en el consabido rincón bañado por la luz de un spot de la red de emergencia, enciende el Panasonic en la estación de jazz acostumbrada, abre una lata de Coca Cola y, apoltronado en su butaca preferida, desdobra el periódico y retoma interesado la lectura: *México y Estados Unidos encabezarán el mercado más poderoso del orbe, se abatirán las barreras proteccionistas, sus economías hermanadas traerán indiscutibles beneficios, el*

turismo... El vigilante sonríe —*bastará firmar para integrarse a las filas del progreso*—, se frota las manos, saca un *comic* del bolsillo y se pierde en su interior.

La noche se anuncia prolongada. El ambiente se enturbia, se tensa, del radio de transistores surgen extrañas voces y sonidos que el vigilante intenta en vano sintonizar. Los guerreros, águilas y tigres, agitan sus mazas y venablos con ira difícilmente contenida. Algo sucede. En la explanada del tianguis los marchantes recogen apresurados sus mercancías autóctonas y granos de cacao. El Templo Mayor, esa majestuosa construcción que Ahuizotl erigiera en honor a Tláloc y Huitzilopochtli, cobra vida a partir de su maqueta y crece, crece sin cesar desbordando el espacio que allí lo delimita hasta recuperar su dimensión original. Las piedras reflejan la luz de las antorchas. Se escuchan ya los cantos y las voces, el sonido de los caracoles, del teponaxtle, anunciando la caída de la tarde. La muchedumbre abre filas respetuosamente ante la comitiva que atraviesa la plaza escoltando a los elegidos, aquellos que esta noche habrán de fundir su destino con la eternidad. En la cúspide de la pirámide los sacerdotes aguardan silenciosos, sus túnicas al viento, los brazos cruzados sobre el pecho. La cuauhxicalli, sagrada piedra de los sacrificios, está dispuesta, su oquedad central teñida por la savia oscura de tantos corazones ofrendados. A su lado, los afilados cuchillos de obsidiana reposan, negros como el ambiente que se respirará en muchos ámbitos de esa misma ciudad una tarde de domingo, quinientos años más tarde, cuando se apodere de ella el espejismo mercantilista de la posmodernidad.

El vigilante rondó la larga, interminable noche, sin novedad. Lo reporta así a sus superiores al despuntar el alba y terminar su turno. La sombra de su espalda encorvada lo persigue por el empedrado del gran patio, que atraviesa con pasos menudos, ya en ropa de paisano. No percibe, no puede percibir el color púrpura del estanque central, que ya no es de agua, sino de un líquido viscoso en donde flotan los papiros y los lotos y se asoman, burlones, algunos ajolotes. Su boca desdentada masculla una vieja tonadilla rumbo al merecido descanso: *¡Oh happy day!* 🎵

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Sus más recientes libros son *La espiral del sincretismo. En busca de una identidad para nuestra arquitectura* (UNAM, UAM-X, UIA, UACJ, CUT, UCSG-ECUADOR, Gernika, 2007), *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014), *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015) y *La generación del puente* (Palabra en vuelo, 2021). Es Director General de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.

¹ Una primera versión de este cuento fue publicada originalmente en el libro *Plaza Cuicuilco y otros cuentos de variada intención* (IVEC, México, 2001), del mismo autor.